

to, como si la ciudad y el dominio fuesen algo de lo que uno pudiese apartarse por simple acto de voluntad. Lo que el hombre sabe de la "physis" — y en esto Tales no difería demasiado de nosotros, si debemos atender al discurso que se le atribuye — es lo que las urgencias concertadas de la zozobra política y el ansia de liberación ética presentan a su conciencia vigilante, angustiada. Cuando la física olvida esto y reclama el intemporal prestigio de la Idea, es cuando más de lleno cae en la ideología. Adorno acertó a decirlo así: "La naturaleza, incluso cuando se presenta como la roca arcaica del ser, es proyección de la pervertida ansia cultural porque todo siga igual por mucho que cambie".

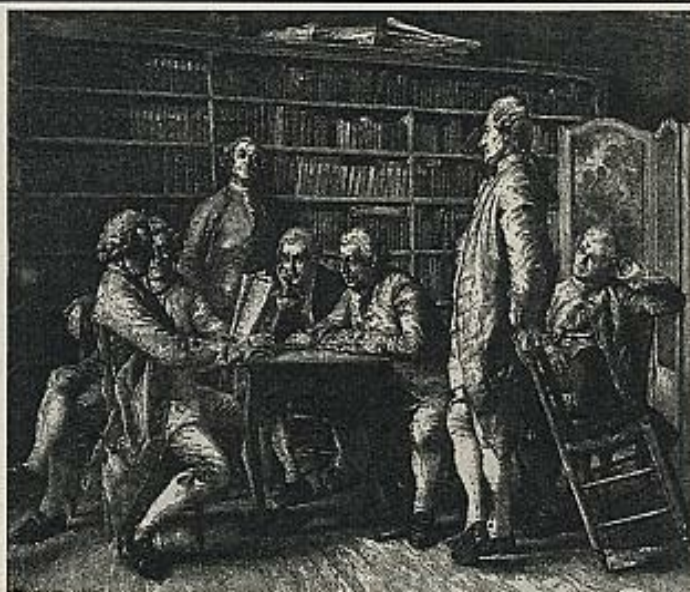
■ FERNANDO SAVATER.

Ideas de la utopía

El "Sabine" (1), la escolar fuente política donde han bebido tantas generaciones de estudiantes, apenas si les da beligerancia. Parece así justificar el calificativo de "fracaso heroico" que Irving Louis Horowitz da al anarquismo en un libro del que ha aparecido en España la primera parte ("Los anarquistas. I: La teoría", Alianza Editorial), anunciándose para más adelante una segunda, donde se explicará la aplicación práctica de esa teoría de la acracia.

Horowitz, profesor americano que fue colaborador de Wright Mills, se confiesa simpatizante del anarquismo. Es una simpatía platónica y casi latifundista. Quiero decir que le hace ver el fenómeno con un criterio de generosa amplitud y que le lleva a englobar en esta selección de textos (algunos de gran belleza literaria) autores no considerados académicamente como dentro del fenómeno ácrata.

Son diecinueve los autores escogidos y vistos desde tres puntos de vista: como críticos de la sociedad, como portavoces de una forma de vida y como teóricos de un cierto sistema filosófico. Estos son: Diderot, Malatesta,



"Una lectura en casa de Diderot", según el cuadro de Meissonier.

ta (2), Proudhon, William Godwin, Bakunin, Kropotkin, Tucker y Rocker, Emma Goldman, Sacco y Vanzetti, Conrad, Dostoyevsky, Tolstoi, Camus, Stirner, Thoreau, Josiah Warren y Herbert Read.

Ante una nómina tan amplia, el libro queda casi como un examen de la Humanidad a propósito del anarquismo, y los temas tocados son, por supuesto, muy numerosos. Desde el hermoso texto de Dionisio Diderot sobre el estado de naturaleza, al de Emma Goldman sobre el amor, pasando por el clásico de Proudhon sobre la propiedad.

Una y otra vez, Horowitz presenta la consideración del anarquismo como movimiento moral, como una auténtica teoría del hombre nuevo, del inconformismo, del espíritu de rebeldía frente a lo estatuido, de la negación de la realidad como tal, de la huida de ella... Más que una revolución, lo que busca el anarquista es una abolición ("pretende aniquilar los rasgos sociológicos, económicos y políticos de la vida humana que hemos llegado a considerar como inalterables"). La traducción práctica de tales ideas no siempre parece realizable. Así lo señalará Horowitz: "El anarquismo no puede ser más que una postura. No puede representar una posición política viable".

(2) Acaba de aparecer en castellano "Malatesta, vida e ideas", de Vernon Richards (Tusquets Editor), en tres partes: una con escritos del italiano, otra con su biografía y una tercera valorativa de su vida y obra.

Sí puede ser, en cambio, un fermento, una levadura, un arma crítica de otros sistemas, un ojo avizor correctivo y vigilante de abusos. Horowitz, profesor, como hemos dicho, en una Universidad norteamericana, enlaza el anarquismo, hasta cierto punto, con los movimientos contestatarios que tanto florecieron en Berkeley, para después extenderse a otros centros. Se ha convertido en una crítica de la sociedad de la abundancia, y, por aquí, parece unirlo con el texto citado de Diderot: "Has entrado en nuestras cabañas, ¿crees que nos falta algo? Puedes perseguir hasta donde quieras lo que tú llamas las comodidades de la vida, pero deja que los seres sensatos se detengan en lugar de continuar sus penosos esfuerzos, que sólo les proporcionarían bienes imaginarios". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Crónicas de prisión y de muerte

El 30 de marzo de 1939, y en el primer número de "Arriba" salido en la capital, se hacían públicas las Normas de la Auditoría de Guerra para la depuración de responsabilidades. En ellas se determinaban los plazos de presentación de las diversas categorías profesionales y políticas que pudieran verse incluidas en la depuración. Según el breve

preámbulo explicativo, se ajustaban dichas disposiciones a "la justicia que ha de administrarse rápida y serenamente en esta capital", huyendo, eso sí, de "venganzas personales", de acuerdo con "el sentido de la justicia clásico en nuestra Patria". Frente a "quienes os tuvieron tanto tiempo sometidos al terror, España os trae, con su victoria, el cumplimiento exacto de su verdad", lo que en el plano procesal se correspondía con la "justicia serena, pero firme, que en el orden penal sabrá imponer a cada cual la sanción que haya merecido".

Pero sería inútil buscar en lo sucesivo datos concretos acerca del alcance real de dichos criterios en su aplicación. "La Revolución Nacional sindicalista —apuntaba un editorial del propio "Arriba", el 25 de abril— se logra por una serie de reformas destructoras y constructoras, por una serie de operaciones



Eduardo de Guzmán.

quirúrgicas —amputaciones e injertos— en el cuerpo social". Las únicas aparecidas en la prensa se referían a la captura o "detención de malhechores", especificando la aprehensión de funcionarios o militantes que, al parecer, se hallaban directamente implicados en delitos de sangre durante el período de guerra. Una capa de silencio, bajo el cúmulo de declaraciones triunfalistas sobre el futuro de la nueva España, cubría a quienes, por decenas de miles, habían pasado en cuestión de horas o de días a amontonarse en los lugares de detención tras su derrota como defensores del Estado republicano.

(1) "Historia de la teoría política", George H. Sabine, Fondo de Cultura Económica.

A pesar del enorme número de implicados, no parecen existir demasiadas posibilidades de que algún día se efectúe una reconstrucción histórica precisa de una represión que se prolongará a lo largo de los cuarenta. En términos cuantitativos, por la ausencia de estadísticas directas (hay que establecer las hipótesis sobre los datos demográficos generales y sobre la población penal), y en el orden cualitativo, por las escasas posibilidades que tuvieron los afectados de hacer oír su voz en los años de posguerra. El testimonio impreso más próximo, el semanario "Redención", nos hace llegar sólo la versión manipulada de unos rojos devueltos en su estancia en prisión a la ciudadanía gracias al trabajo, la formación religiosa intensiva y el adoctrinamiento a golpe de himno y de arenga en los principios falangistas del Nuevo Estado.

De ahí el interés excepcional de los relatos autobiográficos que en los últimos años han comenzado a ver la luz. Entre los mismos, destacaríamos los dos libros de Eduardo de Guzmán, "El año de la victoria" (1974) y "Nosotros, los asesinos" (1976), que ha publicado sucesivamente el editor G. del Toro en su colección de "Memorias de la guerra española". Eduardo de Guzmán, periodista libertario que llegó a dirigir en la guerra "Castilla Libre", formó parte, primero, de la masa de republicanos que en los muelles de Alicante esperaron una posible evacuación, pasando más tarde a los campos de los Almendros y de Albaterra, de donde fue trasladado a Madrid en el verano del 39. Tras permanecer varios meses en lugares de detención improvisados en la capital, fue condenado a muerte —la *pepa* del lenguaje familiar entre los procesados republicanos—, y en esta situación aguardó cuatrocientos ochenta y nueve días su ejecución, presenciando una noche tras otra las sacas de quienes se hallaban en sus mismas condiciones. Hasta que, finalmente, vio conmutada la pena capital en una condena de treinta años.

Al describir esta secuencia trágica de la prisión y la muerte —compartida por tantos otros

protagonistas citados y anónimos—, resalta el distanciamiento que ha sabido conferir Eduardo de Guzmán a su relato. En sus páginas no encontramos la sucesión, habitual en otros textos similares, de individuos bondadosos y perversos o las reflexiones gratuitas sobre la condición humana. Desde el hambre, que preside las primeras jornadas del "año de la Victoria", hasta la muerte, que va arrancando uno tras otro los eslabones de la colectividad vencida, el recorrido sirve para mostrar un proceso deliberado de destrucción progresiva, en el cual, cada fase, cada comportamiento, e incluso cada monstruosidad, encuentran su lugar y su significación. "Relato los hechos —nos dice Eduardo de Guzmán en su 'explicación preliminar', a 'Nosotros, los asesinos'— conforme sucedieron, con precisión de nombres, fechas y lugares; sin acentuar su dureza, antes atenuándola, para impedir que pueda exceder de la credulidad de muchos. Es posible que aun así haya quien se resista a creer posible lo que cuento. Nada habría resultado más grato para mí que no lo hubiera sido; desgraciadamente, lo fue para unos pocos supervivientes y especialmente para quienes murieron antes que se desvaneciera la dantesca pesadilla".

Pero no se trata sólo de una visión derivada de la angustia personal o de un descenso a los infiernos. En la crónica de sus prisiones y de su prolongada espera de la muerte, Eduardo de Guzmán nos entrega un testimonio decisivo para comprender la España surgida de la derrota republicana de 1939. ■ ANTONIO ELORZA.

CANCION

Orgón y Pablo Guerrero: una simbiosis

El día 24 de marzo, Pablo Guerrero presentó en el teatro



Pablo Guerrero, o el testimonio de lo cotidiano.

Alfil, de Madrid, las canciones que componen su nuevo álbum, "Porque amamos el fuego" (1). Este álbum está realizado a partir de una renovación total del estilo y del pensamiento musical del cantautor castellano, que parece haberse dado cuenta de que ahora no basta solamente con componer canciones dotadas de intencionalidad textual y acompañadas por una musicación simple, y ha decidido, con prudencia, dar mayor importancia a la parte instrumental. Para ello, se ha hecho acompañar de músicos de calidad, que apoyan con eficacia los textos; éstos, por su parte, no han perdido nada de su intencionalidad: Guerrero es un poeta —un poeta menor, si se quiere, pero poeta, en suma— que da testimonio en sus canciones del acontecer cotidiano, de la importancia de la vida diaria.

El espectáculo estuvo dividido en dos partes; la primera corrió a cargo del grupo de "jazz" Orgón, que hacían también su presentación en el Alfil. Para quienes, como yo, no conocíamos la obra de este conjunto, su labor resultó una agradable sorpresa: se trata de un conjunto de "jazz", el primero que he visto en nuestro país que no hace concesiones a la sofisticación confusa de los seguidores despistados del "free". Su música no sigue la moda y tiene mucho que ver con el "jazz" de los últimos cincuenta. Las dos guitarras eléctricas y los teclados no resultan discordantes ni ocupan el papel de "vedette", y se funden armoniosamente con

(1) "Porque amamos el fuego" está editado por Movieplay.

el sonido de los instrumentos de viento, muy bien utilizados. Además de todo esto, se nota que los componentes del grupo lo pasan bien tocando, se divierten realizando su tarea, y esta es una condición indispensable para conseguir divertir también a los espectadores. Orgón debía tocar tan sólo unos diez o veinte minutos, pero actuaron de hecho durante más de tres cuartos de hora. Fueron muy aplaudidos al final, a pesar de que su actuación resultó algo desconcertante para muchos.

Tras un cuarto de hora de intermedio, se presentó Pablo Guerrero, acompañado por Pedro Guerrero (de Pedro y Ana) a la guitarra, y por Pablo —también de Pedro y Ana— al contrabajo; otros tres miembros de Orgón le apoyaban tocando contrabajo, flauta y batería. Pablo Guerrero interpretó sus últimas grabaciones, siendo muy aplaudido. Al final, y a petición del público, repitió dos canciones: "Ven, Alberti" —dedicada al poeta andaluz— y "A cántaros", una de sus canciones más conocidas. ■ E. HARO IBARS.

Paco Ibáñez y la canción política

A Paco Ibáñez es fácil encontrarlo en un pequeño café de la rue Delambre, de París. Al lado mismo viven su hermano y su madre, una vasca cordial con la mesa siempre puesta para los amigos del hijo. Y la verdad es que los amigos de Paco Ibáñez



Paco Ibáñez: "He cantado al pueblo."